

Tierra y Libertad

Numero sueldo: 10 cts.

Redacción y administración: Calle Cadena, 39, 2.º, 1.ª

Paquete de 30 ejemplares 2'00 ptas.
Suscripción: España, un trimestre. 2'00 .
Extranjero 3'00 .

PROFESORES DE DERECHO

Hace ya algún tiempo que Wilson está en Europa. Viaja y discurre; habla de justicia, de libertad, de equidad; asegura que ha llegado el término de la diplomacia secreta y aún no nos ha sido dicho que ha hablado él, hoy con unos jefes de Estado, mañana con otros. Los escritores que se llaman ufanamente liberales, nos ofrecen diariamente repletas columnas de elogios y de loas al presidente de la República norteamericana. Alomar ha hablado de la conquista espiritual de Europa, por América. Hasta el último reporter de gran diario se ha creído en el deber de ensalzar la figura del libertador. Gentes que confunden la palabra Libertad con eso que llaman libertad política, escriben que ahora el mundo va a empezar a ser libre. El hecho de que Wilson parezca ser el menos reaccionario de todos los gobernantes aliados, es suficiente para estas exteriorizaciones inconscientes de júbilo injustificado. Que sea menos reaccionario no quiere decir que sea liberal. Esto no lo entienden los demócratas porque ellos tampoco son liberales. Se ha falseado el significado de la palabra liberal. Basta, para percatarse de este falseamiento el observar que hay gobernantes a quienes se llama liberales. Así como la libertad política no es la libertad, la libertad jurídica no llega a ser ni aún libertad política. Wilson es un representante de esa libertad jurídica. Wilson es un hombre para quien todo se ha de hacer por leyes. La ley y la libertad son dos términos antagónicos. ¿Cómo pues es posible que liamos a Wilson el representante de la libertad? Recordamos, a menudo, aquel profundo pensamiento de Bernard Shaw. «Quien confunde libertad política con libertad, no ha reflexionado nunca ni cinco minutos sobre el particular». Gracias a esta falta de reflexión, los escritores de todo el mundo están dando tan lamentable espectáculo, en lo que respecta a la personalidad de Wilson, y al país que representa.

Nosotros también venimos siguiendo paso a paso las sinuosidades de la vida política de Wilson. Desde el principio de la guerra en que eran bien visibles las tendencias germanófilas o imperialistas de Norte América y de su presidente, pasando por una época de no sentido pacifismo, hasta la intervención en la guerra, hemos estudiado todos los aspectos de estas diferentes posiciones. Un poco más diplomáticos que hubieran sido los alemanes y la intervención de Yanquilandia, acaso hubiera sido en su favor. La diplomacia inglesa les ganó la partida. He ahí todo. Así como el mundo va a sentir ahora el peso del imperialismo yanqui e inglés, hubiéramos sentido, terminada la guerra de otra forma, alemán y yanqui.

Si Wilson hablara, cuando lo hace en nombre de su país, de un mayor, aunque relativo, bienestar económico de las clases que trabajan, nada habría que objetarle; pero que lo haga en nombre de la libertad, indigna. Quizá no haya ningún pueblo que sea menos libre que el norteamericano. Propagandas que en Europa se hicieron hace más de medio siglo, en Yanquilandia aun no son permitidas. Escritores que han visto la vida de aquel país desde los hoteles son quienes se atreven a escribir de una libertad que no existe.

Nos duele ver compartir estas admiraciones y sostener estas teorías a Alomar, que es uno de los pocos escritores independientes que hay en España; que tiene un alto criterio de la idea de libertad. La conquista espiritual de Europa por América no puede realizarse porque quienes se disponen a hacerla ni saben, ni entienden, ni sienten ninguna espiritualidad. Son groseramente materialistas; su única obsesión es el oro. Aunque el pueblo, el verdadero pueblo norteamericano sienta esa espiritualidad, no son sus voces las que se oyen en Europa. Tienen estas voces que se oyen aquí, el mismo valor que la de Cambó, que siendo representante de los mayores enemigos de Cataluña, habla en

nombre del pueblo, invocando su idealismo.

En cualquier país lejano que no se conozca la vida española, que solo se tengan noticias de este país por los escritores que pasan las fronteras o por la Constitución porque se rige, para los creyentes en las libertades políticas que se consignan en las Constituciones, se creará, sin duda, que vivimos en un país libre. Hay—dicen los escritores que de esto saben—muy pocos países que tengan una tan liberal Constitución. Sin embargo, nuestras libertades son bien menguadas. Igual fenómeno ocurre con todas las naciones. Porque los escritores conocen las teorías políticas de Norteamérica suponen que se es allí libre. Y, igual que en España, más aún que en España, la libertad del pueblo en Yanquilandia es bien mezquina. No así las condiciones económicas. Para los hombres que sólo tienen estómago, seguramente los Estados Unidos es un país ideal. Esto no quiere decir que no haya miserias y hambres. Si las hay; quizá más espantosas que en ninguna otra parte. Pero el obrero que trabaja puede cubrir suficientemente sus necesidades materiales. Nada más. En los demás países, aunque se trabaje, no alcanza ni aún para esto. Es la única ventaja que aquéllos tienen. Se nos dice, cuando se habla de libertad, que fueron los Estados Unidos quienes libraron a los negros de la esclavitud. Cierto. Pero en nombre de la libertad que les dieron, les han sumido en una nueva esclavitud, que por no llamárselo es más vergonzosa que la otra. En el café, en el tranvía, en el teatro, en todas partes, el negro no tiene derecho a ocupar el mismo sitio que los demás; ha de ir o estar en departamentos distintos. Muy libremente, muy igualitariamente. Las leyes, que dicen ser para todos iguales, cuando se mata a un negro o a un enemigo de la república, no condenan al delincuente. Hay siempre en la cara del negro un gesto de terror y de miedo; teme que cuando menos lo espere le maten. No temblaba tanto antes, ante el látigo del dueño, porque aquel al menos no le mataba. Esta es la realidad. Los hombres que están al frente de un país así no tienen derecho, aunque sean profesores de derecho, para hablar a todo el mundo de libertad, aunque esta libertad sea política, que aun no siendo ya libertad, en su propio país no existe.

Cuando estalló la guerra, por todas las naciones preparada, los gobernantes que estaban al frente de los distintos países, trataron de dificultar la vida de los periódicos disconformes con la innecesaria e inhumana tragedia; procesaron a algunos de sus redactores, prendieron a otros, coartaron su derecho de exponer lo que de la guerra pensaban; ponían inconvenientes de todas clases a la vida normal de la publicación, censuraban lo que por parecerles a ellos más duro era lo más justo; hacían equilibrios para lograr, sin parecer despóticos, la desaparición de la prensa adversaria o sencillamente partidaria de la libre crítica. Así en Francia, en Inglaterra, en Italia. Hasta en Alemania donde tan unánime era la opinión guerrera, continuó publicándose algún periódico no del todo conforme con el desastre. Al fin, como ha sido tan largo el periodo de universal locura, la mayoría de estos periódicos desaparecieron, ahogados por falta de ambiente propicio a sus propagandas.

Aquí y allá, como consecuencia de su crítica de la guerra, han ido a la cárcel muchos hombres. Habla que dejar franco el paso a la barbarie. Los que pretendían oponerse a su malsana corriente era preciso que fuesen arrollados y lo fueron.

Los Estados Unidos, en gracia a la aureola de país libre que tiene, no debieron proceder así. Casi tenían el deber de dejar libre el campo de la crítica, para que fuesen juzgadas las acciones de sus gobernantes. ¿No es así? Si se es liberal, si se es demócrata, el pueblo, demócrata tam-

bién, tiene pleno derecho a discutir los actos de aquellos a quienes nombró para que le mandaran. La otra parte del pueblo que no haya caído en la tontería de nombrarse mandatarios, puede también libremente exponer su pensamiento sobre una dada cosa. Así creo que lo dicen todas las Constituciones. En la de los Estados Unidos, debe ser éste un principio primordial. Pues bien. Apenas se decidió la intervención de Yanquilandia en la guerra, todos los periódicos de franca oposición a una inútil matanza, fueron suspendidos. Una poderosa organización obrera que se mostró adversaria de la guerra fué deshecha y fueron llevados a la cárcel, al presidio y al destierro, sus principales y más activos componentes. A las altas horas de la noche, se saltaban los hogares de quienes hubieran exteriorizado la más mínima protesta por estos hechos. Hay actualmente en Norte América militares de presos de quien ni aún la familia tiene noticia; no se les permite escribir a nadie. Nadie sabe donde están. Yendo al trabajo desaparecieron. ¿Fué preso? ¿Le han matado? ¿Le han desterrado? Al que va a preguntar por ellos se le preñe también por sospechoso. ¿Sospechoso de qué? De haber censurado los planes del insaciable capitalismo de aquel país. Nadie que sea un trabajador y piense algo, vive seguro. Se condena lo que pueda pensarse. Y mientras esas absurdas cosas ocurren, Wilson, el jefe supremo de aquel país esclavizado hasta ese extremo, habla en Europa de libertad. ¡Qué tremendo sarcasmo!

Un periódico, sin embargo, se salvó al principio, de esta inconcebible tiranía: *Cultura Obrera*. *Cultura Obrera* es un periódico anarquista. Lo dirigía nuestro viejo camarada P. Esteve, que es estudioso, que es lógico, que expone razones. Temían llegar con aquel periódico hecho por un hombre ejemplar, al atropello. No obstante, todos los números eran declarados incirculables. Al fin, cansados ya de que se publicara un solo periódico adversario de la guerra, lo han suprimido también, despóticamente. Los que lo editaban, unos están en la cárcel, otros, que eran españoles, acaban de llegar a Vigo, desterrados. A Esteve no le han deserrado—nos escriben—porque tiene hijos americanos y porque se le considera en Nueva York como a un intelectual. Se le considera como a un intelectual, pero no se le deja que expanda los frutos de su intelecto. Y es que P. Esteve, que es un anarquista estudioso, podría muy bien dar lecciones de derecho a Wilson, a ese profesor de derecho que discurre en Europa de cosas que no siente y que quizá tampoco comprenda en su alto significado, y por las cuales cosas nuestros pequeños escritores le admiran y le elogian. Admiración de pigmeos a quienes también Esteve podría decir qué cosa es derecho, qué otra es libertad y qué otra justicia.

PRINCIPIOS DEL SOCIALISMO ANARQUISTA

1.º El hombre, para vivir en sociedad y participar de sus beneficios, debe, si es apto, trabajar.

2.º El trabajo debe ser útil; jamás ha de consistir ni en la usura, ni en la especulación, ni en el monopolio, sino en la producción de objetos adecuados a la satisfacción de las necesidades propias y ajenas.

3.º Para trabajar son necesarios los medios de producción, tierra, máquina y talleres, y las primeras materias. Por tanto, todas estas cosas deben ser comunes y estar a disposición de cada uno.

4.º El trabajo no debe ser una fatiga puramente manual y mecánica, sino manual e intelectual al mismo tiempo y proporcional a las fuerzas del hombre. Toda distinción de clase debe desaparecer. Médicos, ingenieros, etc., no han de gozar ni superioridad ni preferencia alguna social.

5.º El trabajo se hace generalmente en asociación. Estando los instrumentos del trabajo en posesión de las diferentes asociaciones constituidas, vienen a quedar así a disposición de todos los trabajadores.

6.º Las condiciones del trabajo serán discutidas y establecidas en cada asociación por sí misma. Las asociaciones de cada localidad se federarán, se consultarán y convendrán asimismo lo que interese al bien común.

7.º El cambio de los productos se hará directamente entre las asociaciones, sin intermediarios, monopolizadores ni especuladores. No es menester que exista la moneda; bastará con un simple sistema de contabilidad.

8.º No debe existir en la sociedad clase gobernante, ningún gobierno o poder que pueda disponer de la libertad y de los bienes de los ciudadanos, ni parlamentos que dicten leyes a un país entero. Pero las asociaciones, del mismo modo que se entenderán entre sí para los cambios y otros asuntos, podrán establecer modos prácticos y gratuitos de resolver las diferencias sociales y prevenir los delitos.

9.º Las uniones sexuales deben fundarse en el amor. La mujer debe ser, económica y moralmente, independiente. Los hijos dependerán naturalmente, por vínculos de afecto, de sus progenitores, así como también de toda la sociedad, que a todos debe indistintamente instrucción, apoyo y medios de trabajo.
(Tribuna del Operario)

NOTAS AL MARGEN

¿Aún hay clases!

Por si habíamos olvidado que los hombres se dividen en clases y categorías, el señor fiscal, con una amabilidad que no sabemos como agradecer, nos ha notificado que los curas son clase también; lo que no sabíamos es que las *Notas* del pasado número fueran injuriosas para la *clase sacerdotal*, como llama el ministro de la diosa Themis a sus colegas los ministros del Dios bíblico. Es más que copiosa la literatura picaresca dedicada a los curas, frailes y monjas; y al comentar nosotros lo hecho por un clérigo, no hacíamos más que reflejar en nuestros comentarios un poco de lo mucho que plumas mejor cortadas y más mordaces que la nuestra, han escrito sobre la vida íntima de los curas.

No pretendemos parar los golpes de la justicia histórica, bajo la coraza de lo que otros escribieron; lo dicho dicho está; y el señor fiscal dirá en su día donde están las injurias para esa clase que, siendo apologista de la justicia divina, necesita, como un vulgar ateo, de los fueros de la justicia humana; nuestra oscura mentalidad de herejes no da con la solución de estos intrincados problemas.

Pero permitamos el señor fiscal, que mientras esperamos que su señoría nos indique donde están los párrafos injuriosos que según él escribimos, que le digamos que le vamos a dar mucha tarea. Son casi siempre estas *Notas* nuestras de crítica social; y claro está, que al criticar defectos que son colectivos, nos dirigimos a tal o cual colectividad; a tal o cual de las clases en que por desgracia están divididos los hombres; y el señor fiscal, que hoy ha visto en nuestras palabras injurias para el clero, verá mañana, o creará ver que los injuriados son mozos de cordel, cocheros de punto o consumidores; y a fuer de justo, habrá de denunciarnos como lo hizo la semana pasada; ¿no es la ley igual para todos? Pues el fiscal que código en mano defiende a los curas de supuestas injurias, debe defender en igual caso a los serenos, que también son clase... nocturna, pero clase al fin.

Y si, como puede ocurrir, los criticados por nuestra injuriada pluma son anarquistas, el señor fiscal, recto y bravo defensor de todas las clases sociales, tendrá, si nuestras palabras le parecen injuriosas, que salir en defensa de los *enemigos del orden social*, que, no por serio, dejan de ser una clase también; una clase que quiere abolir las leyes, pero a la cual deben los fiscales defender porque tal o cual artículo del código dice, o debe decir, que cuando un zascandil como nosotros injuria a alguien, se le debe aplicar un correctivo, aunque el injuriado no se dé por aludido ni el código especifique si a la clase social llamada anarquista, se la puede injuriar sin miedo a los fiscales.

Ya ve usted, pues, señor fiscal, el trabajo que se impone queriendo defender a esas clases que nosotros criticamos y que a usted le parece que injuriamos. Precisamente tenemos ante la vista un recorte de periódico que demuestra lo podrida que está una de esas clases: la clase de la gente bien, esa casta abyecta y degenerada para la cual no hay adjetivos bastante duros en el diccionario. Y vamos a comentar ese recorte, aun a riesgo, señor fiscal, que de luego nos venga usted con una denuncia, diciendo que hemos injuriado a una clase.

La cosa ocurrió en Vigo y en el teatro

Tamberlik. Unos señoritos bien, borrachos como cubas, lujuriosos como monos y desvergonzados como rufianes, penetraron en el escenario durante un entreacto, y ésta quiero y... la otra también, fueron abrazando y besando a todas las actrices; y habrían pasado del besuqueo y del abrazo, si los cómicos y los bomberos no salen en defensa de las atropelladas, repartiendo mamporros con tanta profusión como los pollos bien repartían besos hasta mandar a los sátiros a la casa de socorro.

Tal es, más o menos, la noticia que dieron los periódicos hace unos días, y que nosotros recortamos para comentarla cuando hubiera lugar; pero ¿qué comentarios caben ante semejante salvajada? Los cómicos y los bomberos viguenses dijeron con los puños mucho más de lo que nosotros diríamos con la pluma. A esos analfabetos de moral se les convence mejor a puñetazos que con razones; a esa *chusma encanallada* no aludida en el desdichado manifiesto de los nobles, se la debe tratar a puntapiés si la parte donde se dan tales obsequios no está contaminada de cierta enfermedad muy contagiosa; que los zapatos, aun siendo de buena piel, no son bastante eficaces para evitar que el pie aplicado a las posaderas de tipos semejantes quede infectado. La plaga de pollos bien, y de la cual, señor fiscal, también han hecho la disección mejores plumas que la nuestra, también es considerada como clase; una clase que hoy dilapida fortunas y se empuerca en todos los vicios, y mañana desde un ministerio o desde una audiencia, pedirán un freno moral para la clase de injuriadores.

Esa juventud, no dorada, como decían nuestros abuelos, sino oxidada por todas las corrupciones, es aquella que deja desnuda en pleno invierno y en plena calle a las vendedoras de amor; la que se afemina moral y físicamente; la que hace objeto de burlas sangrientas a las *celebridades* callejeras; los señoritos bien son la verdadera *chusma encanallada*; la otra, la temida por la nobleza española, es todo corazón y daría su sangre porque fuera barrida la inundación con que la *chusma bien* infecta el mundo. Hay *chusmas* de levita y *chusmas* de blusa; y nosotros, eternos descontentos, continuaremos criticando a estas *chusmas*, aunque un fiscal nos haga saber, por medio de una denuncia, lo que tenemos olvidado de puro sabido: que aun hay clases y *chusmas* a las que no se les puede decir la verdad sin exponerse a tropezar con papeletas de citación.

JUANONUS

DOS ESCRITORES

Queremos comentar hoy, serenamente, con razones que ellos mismos nos dan hechas, algo absurdo, algo ilógico que han publicado recientemente dos escritores de distinto matiz político, aunque ambos, en el fondo, igualmente reaccionarios, en el más medioevo significado de esa palabra tan impropia ya de los tiempos que corremos. Podrían ser los hombres adversarios de todas las ideas de mañana, sin llegar a sentir el instinto antiprogresivo de reacción, podrían no admitir las revoluciones, las rápidas innovaciones, las profundas transformaciones que se vienen sucediendo en la vieja Europa esclavizada, ahogada por el peso de las más horribles tiranías, no sólo materiales, sino que también intelectuales y morales; podrían, estudiando los acontecimientos actuales, estar con ellos disconformes, pero no es explicable que se sientan ante su desarrollo, reaccionarios, violentamente, absurdamente reaccionarios. Un Tolstoi que abominaba de todas las violencias, tendría derecho indiscutible a juzgar, a criticar duramente todos los sucesos violentos que ahora presenciásemos. Como siempre han sido las clases conservadoras y las clases gobernantes las que más uso han hecho de ese principio, ellas serían las que más inexorablemente fuesen juzgadas por el escritor ruso. Pero los escritores que han elogiado en todo momento las violencias de arriba, no pueden, de ningún modo, criticarla cuando parta de abajo. O se abomina totalmente de un principio, sea cualquiera su origen, o se le ensalza y elogia sean cuales fueren sus resultados.

Esto que decimos de la violencia, puede aplicarse a todas las diversas y complejas manifestaciones de la evolución humana. Nosotros, anarquistas, aunque a veces ciertos apasionamientos, no hagan olvidar, instantáneamente, este inmutable principio de lógica que juzga siempre las cosas por su significación propia y no abediendo a los dictados de particulares intereses ya sean de dogma, ya de partido, ya de secta, podemos también, como Tolstoi, esgrimir los argumentos de nuestra crítica, contra todos, cuando reconocemos que es equivocada la táctica emprendida para realizar cualquier objetivo, que, aunque sea muy humano, si se quiere traer por vías de incompreensión y de tiranía, pierde en sus primeras floraciones, gran parte de su humana finalidad. Aque-